

El chicano imaginado ¿o el chicano que se imagina?

Judith Hernández-Mora*
Universidad Metropolitana, Caracas, Venezuela.

*Investigadora externa. Proyecto PAPIIT IN306301,
“Los latinos en Estados Unidos: ¿una cultura emergente?”
Universidad Metropolitana-Caracas.
Correo electrónico: judithhernandez@hotmail.com

Resumen

Siempre resulta retador pretender definir si México constituye para los chicanos un lugar posible donde inscribir sus diferencias, si éstas distan de ser las mismas que los separan (y acercan) de los estadounidenses, y si los chicanos constituyen la frontera, la división, el margen. Un puente cultural, probablemente, que en tanto pasado permite el tránsito (de la cultura mexicana a la estadounidense y de la estadounidense, quizá, a la mexicana de México) mas en cuanto a construcción cultural es un espacio propio que no pareciera pertenecer ni a un lado ni al otro, sino que se erige entre dos centros de poder.

Palabras clave:

Imaginación
Ficcional
Cultura

Abstract

It is always a challenge to try to determine whether Chicanos see Mexico as an actual place where they can celebrate their differences, if these differences are distinguished from those that separate them from (and bring them closer to) Americans, and/or if Chicanos constitute the border; the dividing line; the margin. The answer is probably a cultural bridge, a passageway that allows the flow of traffic (Mexican culture to the American side, and American, perhaps, to the Mexican of Mexico) but has its own cultural space which does not belong to one side or the other, but joins two centers of power.

Key words:

Imagination
Fictional
Culture

El imaginar(se) chicano constituye un contradictorio y complejo entretreído de dos realidades completamente disímiles, en lo absoluto complementarias, que se definen sobre la base de exclusiones y que condensan lo que Derrida define como el “juego sistemático de diferencias”. Dentro de este juego, los conceptos de imaginación y verdad se muestran interdependientes. Ambos designan contenidos mentales que son (re)codificados por el discurso artístico, social, político, sobre la base de percepciones individuales y colectivas de una misma experiencia, que en conjunto, se transforman en expresiones simbólicas de la realidad. Estados Unidos, símbolo de poder, logro, progreso; México, símbolo de tradición, familia, religiosidad.

Starobinski señala que la imaginación es un acto deliberado de ficcionalización. Desde esta

perspectiva, la imaginación es siempre una relación “ficcional” que establecemos con lo otro. Nos permite ordenar, (re)construir un mundo “real” de referencia, permitiendo imaginar mundos nuevos alternos como, por ejemplo, el mundo chicano. ¿Pero qué pasa cuando ese mundo alterno está signado por la alteridad? ¿Qué ocurre si en vez de eliminar la alteridad la profundizamos? ¿Qué pasa cuando imaginar(se) responde a activadores culturales externos que dificultan la construcción de un sentido particular y potencian un proceso de autoinvención? Responder a estas preguntas, indudablemente, es hablar de la ficción chicana donde se plantea una tensión entre identidad y diferencia que pugna por lograr una serie de mediaciones necesarias entre lo propio y lo ajeno. Pero, ¿la Guadalupe es propia? ¿El español es ajeno? ¿Es ajena la desgarradura como experiencia de vida cuando se escribe en inglés?

No cabe duda de que la imaginación es una facultad inherente al ser humano que le permite abstraerse del mundo “real” externo y crear actos deliberados que representen lo “real” o se alejen de él, como también es notorio el hecho de que esa imaginación se desborde y concrete a través de un discurso bilingüe, o más bien plurilingüe (inglés, español y las correspondientes acepciones que de estos idiomas tiene el chicano) que refleja las dinámicas interculturales que están en juego en la construcción de la identidad chicana.

El problema de la identidad es una constante manifiesta en el proceso de formación y transfiguración de los pueblos. La historia de las sociedades es una sucesión de eventos que organiza, por una parte, la experiencia humana que satisface necesidades individuales y, por la otra, la memoria de una cultura, de un colectivo, que marca las pautas a seguir por un grupo de forma tal que quien no lo haga sea considerado “el otro”. El chicano es “el otro” para el estadounidense que considera que éste ocupa (¿invade?) su territorio y no asimila sus costumbres, pero el chicano también es “el otro” para el mexicano, es *Otro* por hablar un español afectado, por representar (tradicionalmente) lo que al mexicano no le gusta nombrar en su tierra, por ir detrás de lo que imaginó poder alcanzar (un sueño que no le es propio) y es constantemente enfrentado a su imposibilidad y a su diferencia. Es el *Otro* por tener un gentilicio contestatario. ¿Cómo pueden entonces imaginarse los sujetos culturales chicanos? Transgresores.

La vecindad geográfica representa, para ambos países, la mayor condena a la vez que la gran alternativa, razón por la cual se crea una infinidad de productos culturales que sacian, inventan y modifican las necesidades de los individuos de ambos lados de la frontera. Sin embargo, el espacio geográfico no es suficiente para definir los límites que demarcan lo próximo y lo lejano, lo ajeno y lo propio. Indudablemente, son múltiples líneas fronterizas que poseen los individuos dentro de los cuales conviven (o luchan por hacerlo) las fronteras de dos culturas.

Las fronteras, como construcción o como invento ideológico-político, registran a la vez que construyen el lugar (físico y mental) del (des)encuentro: es una zona de contacto (aunque no haya asimilación) y de combate (aunque no exista confrontación bélica) que permite a los sujetos situarse

en perspectivas específicas sobre cómo encarar los problemas inherentes a la vida en sociedad. En el caso chicano, estos problemas se condensan en cómo (re)conocerse otro, ni estadounidense ni mexicano, más bien un mosaico formado por los intersticios de estas dos culturas.

Es importante diferenciar cómo se percibe al chicano imaginado desde un lado y otro de la frontera, percepciones recargadas de una deliberada imaginación que moldea el mundo de las dos culturas involucradas, construyendo/destruyendo diversas imágenes del *Otro*, y diversos modos de responder ante él. En este sentido, es interesante mencionar, a modo ilustrativo, cómo se imagina al Río Grande, the Tortilla Curtain, la frontera “natural” que separa a México de Estados Unidos (o a éste de aquél), principio y fin de Estados Unidos y México (y por extensión de Latinoamérica) a través del cómo se le nombra:

Desde el sur de cara al norte piensa en él como en una corriente que porta agua venenosa; desde el norte de cara al sur mejor es verlo como un obstáculo para los ilegales espaldas mojadas, una puerta de servicio para nuestro patio trasero. El nombre del juego pertenece a nuestra engañosa, equívoca y evasiva denominación (..)¹

Indudablemente nombrar de formas diferentes implica percibir de modos distintos, entonces, basándonos en la cita anterior de cómo nombra uno



Fotografía: David Villarruel

y otro (estadounidenses y mexicanos) una misma realidad (un río que los separa), ¿qué podríamos decir de cómo es el chicano, asumiendo que éste es como ese río? Es de un lado y es del otro, más no de uno u otro.

El chicano imaginado, en primer lugar, ese que se nombra en inglés (y por lo tanto se percibe desde una mirada anglosajona), es un sujeto *Otro*, radicalmente distinto, que “tiende” a ser mexicano aunque “pretende” comportarse como un connacional, es un sujeto que siempre está en lucha por reivindicarse ante la sociedad extendida norteamericana e incluso, ante la mirada prejuiciada mexicana; es una minoría que ha logrado tener representantes en la política norteamericana e influir en instaurar el español como segunda lengua en un país angloparlante.

Por otro lado, el chicano imaginado, el que se nombra en español (y por lo tanto se percibe desde una mirada mexicana, y por extensión latinoamericana) también es el *Otro*, es un subalterno que ha sido excluido del acceso a las instancias del poder y de la cultura institucionalizada, es como una especie de exiliado (involuntario y voluntario) que busca en México a sus ancestros, que magnifica las epopeyas del pueblo mexicano, que hace suyos valores culturales que vienen dados por elementos de la imaginería mexicana (e incluso norteamericana) que (re)cargan la memoria de este colectivo.

El chicano imaginado en español es visto como un colectivo que evoca con nostalgia los efectos de un proceso histórico conflictivo que se remonta a más de un siglo y medio, durante el cual tanto México como Estados Unidos han pasado por diferentes etapas y momentos coyunturales que han definido las dinámicas económicas, políticas y sociales de ambos países y las formas de responder a los efectos de estos conflictos.

Asumir con nostalgia el impacto del choque, entrecruzamiento de estas dos culturas, sitúa al imaginario chicano en una posición particular. La nostalgia es parte de una experiencia vivencial que nos transporta a una etapa del acontecer histórico que sabemos irreplicable, y que por tanto, nos sitúa en un plano donde nuestras emociones respecto al suceso son nuevamente experimentadas desde una posición en que *no podemos actuar*. Lo que sea que ocurrió, ocurrió y fue (es) como nuestra

memoria modifique dicho recuerdo, sobre la base de lo que ella necesite olvidar/recordar, validar/invalidar, justificar/desaprobar. Desde esta perspectiva, el chicano olvida la guerra, recuerda Aztlán; valida el catolicismo, invalida la negación de Dios; justifica la lucha, desapueba la discriminación.

El chicano que se imagina es, sobre la base de lo expuesto anteriormente, un sujeto cultural definitivamente complejo, un sujeto dual, bilingüe, bireferencial. Pero, ¿cómo se imagina el chicano propiamente? La ficción nos muestra que los chicanos procuran poner en relieve la existencia de un aparente “desgaste” de las tradiciones heredadas de la cultura mexicana y que ya suponen “ineficaces”, entre otras razones, porque la lógica del desarrollo social pareciera sugerir un mayor apego al modelo norteamericano.

Las diferencias culturales latentes en las representaciones ficcionales chicanas parecieran favorecer un imaginario que igualmente jerarquiza las diferencias, sobre la base de experiencias de sumisión y exclusión que han estado sobrecargadas de injusticias alienantes y marginizantes. El chicano que se imagina en español apela a un discurso un tanto mágico, espiritual, a veces exageradamente pasional, mientras que cuando se imagina en inglés se apropia de elementos de la imaginería norteamericana tales como la individualidad condensada en el arquetipo de Titán que todo lo puede y soporta, es competitivo.

En este sentido, el imaginario chicano asume las diferencias culturales de las que surge y crea especies de “puentes” que permiten la combinatoria de elementos disímiles a través de la imaginación y la ficcionalización, cuestionando el mundo “real” del cual se desprende una decodificación resultante muy particular que se concreta en un discurso bilingüe.

Este discurso bilingüe, manifiesto en los textos chicanos, se construye sobre un rechazo a la traducción (sea ésta sólo al inglés o al español) que interpretaría, y por ende hasta cierto punto desvirtuaría, la experiencia única de percibir un mundo desde más de una cultura decodificante, lo cual es precisamente lo que la hace tan original y rica. Esta característica influye en la aceptación de la literatura chicana en México, tal y como lo afirma Axel Ramírez, toda vez que también impide que sea entendida por estadounidenses que no tengan raíces mexi-

canas, latinas, o que al menos hablen el español, lo cual les permitiría acceder a los diversos referentes:

(...) la literatura chicana no ha podido introducirse como debiera ser, ni mucho menos obtener reconocimiento por parte de una audiencia que cuenta con un alto número de familiares residiendo en Estados Unidos. Otro problema muy fuerte que ha impedido dicha aceptación, es que la literatura chicana llega usualmente escrita en inglés, lo que ocasiona como acto reflejo un inmediato rechazo, o bien, cuando arriba traducida al castellano, ya perdió más de un 50% de originalidad (...)²

El uso indistinto del inglés y el español, o más bien cabría decir, el acceso indiferenciado a lo simbólico de cada lengua participante en el discurso chicano, afectado no sólo por la sintaxis del inglés y el español sino por la semántica de ambos idiomas, crea una marcada diferencia entre el sujeto cultural chicano y su mundo propio: un mundo público (que tiende a nombrar en inglés) y uno privado, más subjetivo que el anterior, que pareciera estar lleno de ausencias. En ese nombrar el mundo propio es más acentuada la influencia del español, si bien no necesariamente en cuanto a la frecuencia de uso de las palabras en este idioma, mas sí en cuanto al ordenamiento de un mundo más familiar.

Así, el chicano al imaginarse, apela, como lo demuestran los textos de cultura chicana, a una "conciencia colectiva" entendida como un sistema de creencias y prácticas que unen a una misma

comunidad a fin de asegurar un mínimo de cohesión e incluso de consenso para la preservación de la sociedad y sus sistemas de legitimación del poder. Hoy día, el chicano que se imagina, ¿habría sido alguna vez imaginado?

Bibliografía

Carmen Bustillo, *Una geometría disonante. Imaginarios y ficciones*, Ediciones eXcultura, Caracas, 2000.

Judith Mora Hernández, *Literatura chicana: Modulación de imaginarios (des)encontrados*, tesis de maestría, Universidad Simón Bolívar, Caracas, 1998.

Axel Ramírez, "Espejos y reflejos: Los chicanos y su literatura en México" en *Tema y variaciones de literatura 14*, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México, 2000.

Ilan Stavans, *The Essential Ilan Stavans*, Routledge, Nueva York, 2000.

Notas

¹ Ilan Stavans, *The Essential Ilan Stavans*, p.19. (La traducción es mía).

² Axel Ramírez, "Espejos y reflejos: los chicanos y su literatura en México" en *Tema y variaciones de literatura 14*, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, México, 2000, pp. 21-22.

